

ORANDO CON LA PALABRA

(Tercer Domingo de Cuaresma)

“ Llegó Jesús al manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía. Llega una mujer de Samaria a sacar agua y Jesús le dice :”Dame de beber”. La samaritana le dice: “Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?”. Jesús le contestó: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú y él te daría agua viva. El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna. Has tenido cinco maridos y el de ahora no es tu marido”. La mujer le dice: “ Señor, dame de esa agua. Veo que tú eres un profeta. Nuestros padres le dieron culto en este monte y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén”. Jesús le dice :”Créeme, mujer, se acerca la hora ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad. La mujer le dice:” sé que va a venir el Mesías, el Cristo cuando venga él nos lo dirá todo”. Jesús le dice:” Yo soy, el que habla contigo””. En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer. La mujer entonces dejó el cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente:” Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho, será este el Mesías?”. Mientras tanto sus discípulos le insistían :” Maestro, come”. Él les dijo: “ Yo tengo por comida un alimento que vosotros no conocéis. Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha?. Yo os digo esto: Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega, el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna y así se alegran lo mismo sembrador y segador”. En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: “ Me ha dicho todo lo que he hecho”. Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación y decían a la mujer: “”Ya no creemos por lo que tú dices, nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo”

(Jn 4,6-9)

La liturgia en este tiempo de Cuaresma, nos presenta hoy, para la reflexión y la interiorización, una escena entrañable, el encuentro de Jesús con la Samaritana junto al pozo de Sicar.

Jesús se acerca, le habla, la acoge. Y la acoge como es, la acoge venga de donde venga, con su historia, con sus dudas, con su sed.

Ofreciendo el agua de la vida a la mujer de Samaria, Jesús muestra la universalidad de su mensaje. Ha venido para acoger, para compartir, para salvar a todos ; para ofrecer y regalar el agua que purifica, que libera, que salva. Con Él , ha llegado la hora de adorar al Padre “en espíritu y en verdad”. A Dios se le adora desde el corazón, sin reducir el culto ni la oración a espacios, lugares ni horarios.

La Palabra, en el texto de Juan, nos muestra el diálogo de Jesús y la samaritana. Diálogo profundo, simbólico, sincero y entrañable. A lo largo de él, la mujer se siente acogida, reconciliada; brota en ella la adhesión a Jesús y el impulso a proclamar lo que ha oído y vivido junto al pozo de Sicar. Que, junto al pozo, volvamos a reencontrarnos con Jesús, con nuestra verdad, con nuestro ser más profundo y a retomar el camino, sintiéndonos acogidos, amados, liberados, salvados.

ORACIÓN

Cansado de caminar
bajo el sol hiriente del mediodía,
te sientas junto al pozo
y te acercas a la mujer de Samaria
a pedirle,
sencillamente agua.
Inicias el encuentro
con una mujer extranjera,
diferente de las mujeres
de tu tierra.
Y la acoges como es,
con su historia,
con sus dudas,
con su sed.
Y le ofreces el agua que sana,
que restaura,
el agua de la Vida.

Como la samaritana,
con tantas heridas
y tanta sed por saciar,
vengo al pozo
a estar junto a ti,
a descansar a tu lado,
a encontrarme contigo,
a beber de tu agua
a dejar que limpie,
renueve, dinamice
la vida que hay en mí.

Vengo a beber de tu agua.
El agua que refresque
mi tierra agrietada,
el agua que renueve raíces
y salte risueña,
haciendo brotar ilusión y vida.
El agua que limpie el corazón
de temores y resentimientos,
que sane heridas
y devuelva luz y calor

al amanecer de cada día.

El agua que nos libere
del egoísmo y la ambición,
que siguen creando sistemas injustos,
corrupción, fronteras
y el sinsentido de cualquier tipo de guerra.

Vengo a beber de tu agua,
el agua del Espíritu,
el agua que serene por dentro
y dé la fuerza vital,
que apaga la sed más profunda del hombre.
Que tu mirada junto al pozo,
me ayude a reconocer mi verdad.
a poner nombre a mis sentimientos,
errores y sueños,
y a retomar el camino
humilde y libremente,
abierta al cambio y al compromiso,
sintiéndome acogida,
amada,
liberada, salvada.

Que descubra que “adorarte en espíritu y en verdad”
es adorarte desde el corazón,
desde lo más auténtico de uno mismo,
desde la propia pobreza y la honestidad.
Es adorarte,
desde lo más profundo
dónde el misterio de Dios y el hombre, se encuentran.

Que como la mujer de Samaria,
anuncie a las gentes, con la vida,
lo que he oído y vivido junto al pozo.
Que comparta con ellas el caminar en la fe,
el crecer unidas
como personas y como creyentes,
proclamando al mundo
que Tú eres el único Señor,
el Salvador.
Amén

(Hna. F.Oyonarte)

